
XVI

Inquietud.—Noticias de las huelgas.—El 26 de Julio.—Decision de marcha.—Mi rumbo.—Gomez del Palacio.—Su traduccion del Tasso.—El Hotel San Julien.—Historia de una monja.—Un polluelo de bromita.

Las noticias que recibia yo de México eran cada vez más alarmantes por la salud de uno de mis hijos, Manuel Guillermo, á quien tenia agobiado una peligrosa enfermedad. Las calles, las casas, el estrépito de la ciudad y las conversaciones, como que me retenian á fuerza, como que me estorbaban las miradas con que mi alma pretendia seguir la suerte deparada á mi desventurado hogar.

Sentia como llorando en mis entrañas la sangre de mi hijo; yo queria que los traficantes, los periodistas, todos me hablasen de lo que mi corazon sufria, y el natural silencio de los extraños sobre mis penas, me hacia ver como desierto

la Ciudad Imperio y como fieras y verdugos á sus numerosos habitantes.

Las noticias más y más alarmantes sobre las huelgas ocupaban las prensas; las escenas de horror que se producian un día, las relataba la prensa al día siguiente en todos los tonos, con todos sus detalles, encargándose la litografía, el grabado y la fotografía de representar los lugares, los horrores del incendio, las fisonomías de los batalladores, la agonía de las víctimas, los grupos de mujeres y niños entre el incendio y las matanzas espantosas.

Mi resolución para verificar mi regreso, era efectuarlo por Tejas, no solo por conocer esa parte interesantísima de los Estados-Unidos, sino por ver por mis ojos y estudiar con cuanto detenimiento me fuese posible, la cuestión de la frontera, tan comprometida, en mi juicio, y tan digna de una seria atención.

Hice presente mi decisión á mis compañeros, y Gomez del Palacio, como he repetido mil veces, inagotable en bondades para conmigo, se resolvió á acompañarme en tan costosa é incómoda travesía, sin atender á sus molestias ni á sus sacrificios pecuniarios.

Después de incidentes dolorosos, pero de interés muy privado para mi persona, quedó resuelta la marcha para dentro de dos días, fijando un derrotero prolongadísimo, evitando pueblos incendiados materialmente por las inquietudes del Sur.

Como á pecador abandonado, vinieron á mi mente en tropel mis culpas acerca de mis estudios sobre Nueva-York.

Me parecía, como es, que mis apuntes superficiales é informes, no podían dar ni remota idea de mis impresio-

nes; que había descuidado los datos estadísticos; en una palabra, jamás tuvo más sincero arrepentimiento de sus culpas pícaro contrito. Para reparar mi falta, pretendía, como si fuese posible, verlo todo, examinarlo todo, y me embriagaba el ruido y caía en más imperdonables divagaciones.

Aquellos mil suntuosos edificios, como que me salían al paso á decirme: “¿Cómo te has olvidado de mí, *Fidelillo*, que no merezco un lugar en tus recuerdos? . . .” y tomaba un wagon con un propósito, torcía siguiendo otro y me dejaba caer rendido en un café, ó en el asiento de un parque, ó en uno de los teatrillos que conocía como la palma de mi mano.

El Hotel San Julien en que habitamos está situado en *Washington place*, á dos dedos de Broadway.

Es un hotel de segundo orden, pero servido con esmero á la francesa, y en que el arreglo y la limpieza extremada le comunican cierta decencia y cierto buen tono universalmente reconocidos.

El *Parlor*, ó sea salón de recepción, el comedor y el despacho, están en primer término, suben cuatro escalerillas á otros tantos pisos con angostos corredores, departamentos uniformes y muebles como vaciados en un mismo molde.

Escaleras y tránsitos están perfectamente alfombrados; el aseo escrupuloso mantiene en perfecto estado el edificio y las habitaciones, y hay su pintura blanca que pudiera llamarse la toalla de Vénus de puertas y chambranas, que las mantiene en juventud perpétua.

En las noches permanecía la puerta que da á la calle accesible á todos los huéspedes.

Hay multitud de criados; pero el servicio de las habitaciones está encomendado á irlandesas, que funcionan con la más severa disciplina.

M^{me}. Clermont, propietaria del hotel, se consagra dia y noche al excelente arreglo de la casa.

La Sra. Clermont es de mediana estatura, muy gruesa, de moreno subido, de ancha faz, ojos negros aterciopelados, roma y gruesa nariz, abren sus alas dos grandes bucles sobre sus sienas, que acentúan enérgicamente su fisonomía.

Encargada de un departamento estaba una irlandesa, alta como el plumero de un tambor mayor, comprimida de armarazon, al punto que dudo que hubiera cabido entre su pecho y espalda un pliego de papel, y tan llena de vigorosas cuerdas y tendones, que sus manos y brazos parecían diseños en relieve de multiplicadas cañerías.

Maguet era el nombre de mi cuidadora, de blanco mate, de cabello *amelcochado*, como de músico alemán dedicado al violonchelo, de ojos gatunos y arrebozados en espesas cejas, de boca grande y fresca, y de modales circunspectos pero expeditos, como de sacristan mayor en Juéves Santo.

Fornida como mi compadre el general Chavarría; concentrada y adusta como Mata, nuestro representante en Washington; dedicada á sus tareas con imperturbable asiduidad, como á sus máquinas Adorno, Orozco y Berra á la historia nacional y Garcia Torres á pescar noticias para su *Monitor*, Maguet era, además, un tipo de honradez, de decencia y de bondad extrema.

Yo habitaba en compañía, como he dicho, de Gomez del Palacio, hombre estudioso, ordenado y limitadísimo en sus molestias á los demás.

Yo aparecía lo mismo, con la simple diferencia de ser en realidad todo lo contrario.

Maguet sondeó los caracteres de los dos huéspedes que estaban bajo su cuidado, y se supo manejar de modo que nos tenía encantados.

A Francisco se subordinaba, á mí se me imponía.

Con Francisco entraba en conversacion, ante todo porque Francisco posee el inglés. Yo, aunque para mí le hablaba perpétuamente en inglés, jamás me entendió palabra.

Mis frecuentes salidas, mi ninguna aptitud para dobleces de ropa, costuras y cuentas de lavanderas, zapateros y criados, tenía mi cuarto hecho una bola de gusto los primeros dias; la lavandera, la camisera, el zapatero, una dulcera italiana y muchachos vendedores de periódicos, armaban tertulias magníficas, y aquella libertad de comercio solía traer por consecuencias, camisas desaparecidas, zapatos nones, sombreros que cambiaban de dueño y toda la glorificación del desbarato de un soltero.

A Maguet le daba á guardar mis escasos fondos y la encargaba de algunos pagos, porque es la misma probidad.

Luego que en las intimidades de su conciencia se persuadió que era necesario cuidarme, desaparecieron como por encanto las visitas de mi cuarto, y ya no hubo debajo de la cama camisas que sacaran las mangas como pidiendo socorro, y me puso en un arreglo estupendo.

¿Quería yo salir? ¿llovía? Maguet bonitamente me quitaba el sombrero y lo hacía perdedizo.

Bufaba de coraje: Maguet ni reía ni se daba por aludida por mis señas. Era de matarla.

Cuando me veía escribiendo, con la mayor frescura me

encerraba con llave, y al querer ó no, soltaba pliegos como una máquina.

Le pedia dinero, de modo que ella creyese que podía faltarme para lo preciso, y era más fácil hacer volar á un buey, más fácil oír cantar una cancioncilla andaluza á Bonifacio Gutierrez, tipo de inmutable sequedad, que conseguir un centavo.

Pero bueno, decía yo, esta mujer es mi providencia, quiero que me hable. . . . Soltaba alguna chanza, y aquella fisonomía de hielo nada decía. Me desesperaba. . . .

Maguet, ya por su físico, ya por su moral, era refractaria á todo afecto, era su corazón de amianto, y no obstante, le estaba obligado por sus bondades.

Armaba cada campaña con mis estafadores, que se hundía el hotel, apechugaba como si fuera mi madre cualquier negocio que me atañía; al volver la cara, ya tenía un pantalón nuevo, ya me veía obligado á afeitarme, ya me ponía frente á frente de un sacerdote irlandés á quien le había de dar informes de México, pero con el designio de ponerme en contacto con gente de pró.

Necesidad vital de sentir afectos, halago innato del alma cuando se relaciona con otro sér, aquellos cuidados purísimos, aunque envueltos en brusquedad, aquella solicitud, aliviaban mis penas.

Maguet me gobernaba á su antojo luego que caía bajo su dominio; y Gómez le concedía la razón siempre que estallaban mis impertinencias en los altercados.

Jamás Maguet se tomó licencias que pudiera interpretar la malicia; jamás recibió gratificación sino de manos de Francisco. . . . solo cuando arregló nuestros baúles para la

partida, con sus ojos inundados en lágrimas, sospechamos que aquella pobre mujer nos tenía afecto. . . .

Sería una ingratitud indigna no consignar en mis Viajes el nombre de Maguet. Lo consigno, vamos! con toda mi voluntad, y que salga el sol por Antequera.

Después de mi última conversación con Iglesias el 26, entré á mi cuarto, y Maguet comprendió á la primera ojeada de sus ojos de gato, que no se trataba de carbonato, ni de parche para los callos, ni de una contrariedad pasajera. Salió de la pieza, volvió con un trozo enorme de hielo, lo echó á nadar en el jarro de agua que había constantemente en la mesita del centro del cuarto. . . . y desapareció. . . .

Quise hablar á Gomez del Palacio; pero éste, para esas circunstancias críticas, tenía á mano su magnífica traducción de la "Jerusalem," del Tasso.

No temo que la pasión por los talentos de amigo tan querido preocupen mi juicio; por el contrario, tengo una especie de remordimiento, cuando recuerdo la severidad excesiva con que le hacía notar uno que otro que me parecía defecto, severidad tanto más imperdonable en mí, cuando soy, lo confieso, temerario en materia de incorrección.

Pero ¡qué estro tan levantado el de Francisco! ¡qué emulación con su modelo hasta embellecerlo y superarlo! ¡qué flexibilidad de talento para seguir en sus cambiantes armonías al poeta divino! ¡qué perspicacia para percibir delicadezas que se escapan á la sensibilidad más exquisita y penetrante!

Y sin embargo, el trabajo de Francisco es de puro solaz y pasatiempo; triunfo me costaba decidirlo á que me leyese

se: le decidia al fin, é iba desenrollando á mis ojos enamorados la série de cuadros encantadores del gran poeta que inmortalizó *al capitán valeroso que el gran sepulcro libertó de Cristo*.

¡Cómo sirvió aquella lectura de bálsamo á mis penas! ¡cómo deseo que termine aquella traduccion mi amigo, para honra de las letras y para satisfaccion muy privada de mi espíritu!

Era esta lectura mi primera recreacion poética; de la segunda voy á imponer más detenidamente á mis lectores, al cabo poco tenemos que hacer y mis entregas no son coches de sitio, que corren por horas.

Están vdes. para saber y yo para mal contar, que en las vecindades de mi cuarto, y no afirmaré precisamente si en mi mismo hotel, habia una beldad misteriosa de la que todos hablaban *sotto voce* y que nadie conocia.

Decíase que era una gaditana espléndida, de aquellas que dieron tema á los sabios con su mirada para inventar la máquina eléctrica y el pararrayos; de aquellas que donde clavan la vista dejan una señal, como si se hubiera pegado una tea, y que producen con una sonrisa el dolor de muelas del corazon.

Pero á derechas, nadie conocia á la linda misteriosa, y esto mismo revestia de los encantos de la leyenda, cuanto se encaminaba á descubrir la *incógnita*.

Yo me retiraba al hotel muy noche, tanto, que al pedazo de noche en que se verificaba mi llegada, le solian poner por mal nombre *las dos y las tres de la mañana*.

Y á hora tan importuna y silenciosa, cuando hasta las paredes parecian dormir por lo cerrado de los párpados de las

ventanas, en el cuarto de la bella se veia una chispa de luz de gas, se oia una tosecilla reprimida, hija del amago de la tisis y del insomnio, y se oia á veces el ruido entrecortado del sollozo furtivo contenido, como si él pudiera constituir una impertinente revelacion.

A pesar de que aquella luz y aquella tos nada tenian de particular, las noticias vagas de la hermosura de aquella mujer, la obstinacion con que se ocultaba á todas las miradas, el silencio que guardaba la vieja irlandesa, única persona que penetraba en el cuarto, la disposicion de mi espíritu ó lo que se quiera, me formaron una novela de amor, de lágrimas, de desesperacion y de misterio, que me tenian enajenado.

Oculté cuidadoso hasta de mi sombra mi curiosidad, que yo (sesenton bárbaro), equivocaba con la alucinacion romanesca, y me propuse entrar en relacion con aquella mujer, de cualquiera manera que fuese.

Es de advertir que el cuarto de la gaditana estaba precisamente al terminar la escalera de uno de los pisos, de suerte que cualquiera detencion se hacia notable, por tratarse de un lugar de tránsito continuo.

Seducir á la irlandesa, era pretender lo imposible; entablar contestacion con Maguet, era buscarme un ruido; aventurar una pregunta, un peligro; fingir una equivocacion, un desaguizado, un escándalo; acudir al correo, infructuoso; hacer una publicacion alusiva en *El Herald*, inútil: en una palabra, no habia esperanza.

Entónces me propuse escribir cualquier cosa y fingir que mi escribiente equivocaba el cuarto y por arrojar el papel bajo mi puerta, lo arrojaba bajo la de la incógnita, poniendo

al calce de la supuesta copia:—"Copia de la leyenda de *la Monja*, para el Sr. D. Guillermo Prieto."

De esa manera me ponía yo á cubierto en cualquiera aclaracion.

Con los vagos datos que poseía yo de una gaditana viuda, en la flor de la vida, hermosa como el lucero de la mañana y encerrada en las cuatro paredes de un hotel, en país extranjero, hice mi composicion de lugar y sembré y cultivé en mi cerebro la leyenda de *la Monja*.

Tenia mi leyenda como epígrafe el sublime pensamiento de Santa Teresa, que dice: *Compadézco á Satanás porque no ama*. Y en esa introduccion, que era como el eco de los sollozos comprimidos que yo había escuchado alguna vez, cuando dilatando mis pasos y comprimiendo mi aliento había pasado frente al cuarto de la desconocida, lamentaba mi alma la desesperacion de no amar; el frio del desamparo, la queja muriendo sin eco, la tortura de la orfandad del alma, cuando la vida cae como la piedra que se desprende de la ruina, como la gota de lluvia que se embebe en la arena ó acaba, como la planta, con las raíces destrózadas, que tiene la existencia doliente de una luz fugaz; y terminaba la introduccion ofreciendo contar la historia de una *monja* sepultada en un claustro, entre los recuerdos de una tumba adorada y el desierto de no amar ante sus ojos.

Como se supone, las alusiones todas eran transparentes á lo sumo; en cada inflexion del ritmo pretendí que vibrase un acento de pasion.

Escribí, puse al calce de mis versos aquello de "Copia para D. Fulano," y esperé la hora propicia para deslizar mi carta debajo de la puerta de mi vecina.

Es de advertir que vivíamos mi vecina y yo en dos pisos diferentes; ella en el primero, yo en el tercero, y á la distancia de media cabecera de las nuestras.

Las ventanas de la gaditana daban cerca de la esquina, de modo que la luz dibujaba en la pared del frente con mucha imperfeccion las sombras, ó las rompía en la sombra de la calle.

Mis ventanas daban frente á las puertas laterales de un gran hotel, que estaban cerradas durante el dia; pero entrada la noche, tenían gran trágin, abriéndose, cerrándose, interponiéndose entrantes y salientes, apareciendo y desapareciendo la luz interior con desesperante persistencia.

La noche que me resolví á deslizar mi introduccion al cuarto de la vecina en el hotel, parece que había una conspiracion contra el comun sosiego.

El banquero inglés del primer piso tuvo tertulia y bebieron y disputaron los hijos del Támesis como energúmenos.

Un matrimonio mal avenido dispuso una separacion temporal, y aquello era movimiento y bulla que espantaba.

Una maestra de música del último piso, que era un hipópoto musical, berreó solfeos con sus discípulas, de aturdir, y M^{me}. Clermont jugaba *ecarté* en el *Parlor* á la una de la noche, con la frescura de si estuviera oscureciendo.

Yo no sentía interes alguno por la gaditana; pero me presumía que iba á ser aquella aventura un motivo de solaz en mis horas de insoportable fastidio; por otra parte, como tenía cierto viso poético, creí el episodio aquel muy digno de ocuparme. . . . mejor dicho, ahora pienso todo esto; entonces no me daba cuenta de por qué hacia yo semejante locura.

Como si tuviese quince años, me sentía ansioso é impaciente, sentía aletear sobre mis cabellos canos mis dulces ilusiones de la juventud, y léjos de parecerme ridículo, me parecía mi empeño un delicioso fraude á la vejez.

Cesaron al fin todos los ruidos: yo, que me había quedado leyendo periódicos en el despacho, entre los criados que roncaban en ruidosa competencia, subí las escaleras como una sombra, me detuve como un malhechor frente al cuarto, distinguí la imperceptible raya de luz bajo la puerta, me acerqué, tendíme casi en el suelo del quicio, y disparé mi papel con cuanta fuerza me fué posible, desapareciendo rápidamente en las sombras.

Entré á mi cuarto, quedé atento al menor ruido.... silencio profundo.... Saltaba mi corazón y no podía pegar los ojos.

Al siguiente día se me figuraba que todo el mundo me había descubierto, y que era objeto de todas las conversaciones la aventura; pero nada: pasé al frente de la ventana.... y nada.... Pues, señor, aquí dió fin la comedia; ¿y para esto tanta precaucion y tanto susto....?

A prima noche, miento, como á las nueve de la noche, en vez de las listas de la celosía que se dibujaban con constancia en la pared de enfrente, la ventana estaba abierta.... yo todo me volvía ojos, no sé cómo no me desbarranqué de mi ventana.... De pronto, se dibujó una sombra, ¡correcto perfil! ¡qué enhiesto talle! ¡qué explosion de rizos trémulos sobre el cuello y la torneada espalda! y al ir adelante en mi exámen, la sombra se hundía en la sombra de la calle, y aquello era de desesperar!

A veces me parecía que tenía aquella mujer angélica, porque así había de ser, mi papel en la mano, mi verso sin

duda; pero creía que se prolongaba: no es un periódico, es mi papel, y á la sombra.... ¿En esa sombra habia alguno? ¿Ese es un brazo humano, ó es el brazo de una cruz, ó el extremo de un mueble....?

Mi sombra era otra cosa, abria los brazos, mostraba papales; pero las cambiantes de la pared que la pintaba, el abrirse y cerrar de las puertas aquellas, las volvía grotescas, me hacían figurar como un mono haciendo cabriolas.

La ventana superior cerróse como siempre, y yo traté de olvidar con mis amigos mi aventura.

Al regresar en la noche, por supuesto á hora oportuna, me sorprendió muy agradablemente que hiciera sensible mi presencia la mayor luz bajo la puerta: yo me eché á nado, porque tal era mi postura en el pazadizo.... ví entonces trasparente, blanquísima nube; percibí algo de perfume embriagador, se interceptó la raya de luz y ví que algo se deslizaba por la alfombra, al mismo tiempo que dentro del cuarto se extinguió totalmente la luz.

Tendí la mano, palpé un libro pequeño y me retiré á mi cuarto.

Encendí el gas, hasta que quedó como alumbrada por el sol mi estancia.... ví el libro.

Era un pequeño y preciosísimo Album forrado de terciopelo azul, con sus cantoneras de oro; incrustado en la pasta del libro habia un pequeño relicario con una miniatura de Santa Teresa de Jesus.

Abri el Album, y en la primera hoja, con letra, humillacion y vergüenza del grabado, decia:

“LA MONJA.—Copia de una leyenda del Sr. D. Guillermo Prieto, poeta mexicano.”